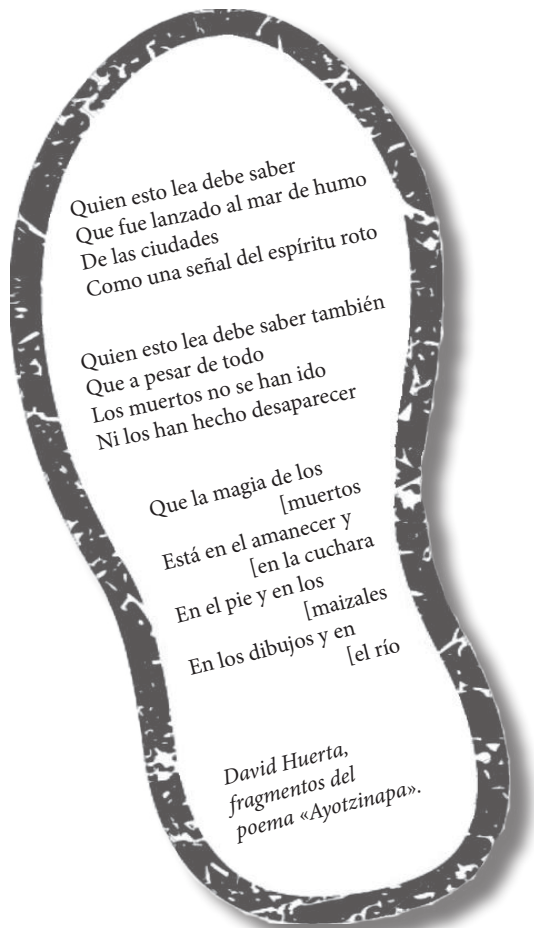


# LENGÜETRAZOS

SUPLEMENTO DE LA REVISTA PALABRIJES / NÚMERO 05 / ENERO-DICIEMBRE 2016 / UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO / PROHIBIDA SU VENTA



Este número busca saldar una fuerte deuda: *Palabrijes* y la UACM en general, le deben mucho a David Huerta. Este homenaje incluye un acercamiento a rincones poco visitados de su obra: dos poemas en prosa inéditos, una lectura de sus versos velardianos y un testimonio sobre quien además de poeta, es profesor, luchador social y amigo entrañable.

# LA TERRIBLE MAGIA

Teresa Dey

Un testimonio personalísimo sobre el compañerismo y la amistad de David Huerta.

¿Cómo empezar a escribir sobre **David Huerta** sin sentir ese temor que el profano experimenta ante una figura de la alta jerarquía sacerdotal? Como poeta e intelectual, la obra de David ha sido comentada y estudiada por plumas con mucha mayor autoridad que la que yo pueda adquirir nunca en materia de poesía. Y no lo escribo en un ejercicio de falsa modestia, sino con total conocimiento de causa, pues como de costumbre, antes de abrir el documento de Word, me siento frente a la pantalla para investigar sobre lo que voy a hablar, con el respeto que me merecen tanto mi amigo David como los posibles lectores.

Supongo que no sobra decir que con sólo introducir el nombre de David Huerta en el buscador se me ofrece una multitud de textos de críticos reconocidos y más de una tesis de posgrado. No me sorprende en absoluto; Huerta no es un poeta fácil, es sabido que su trabajo suele ser de profundidades filosóficas, pero también de poemas llenos de la sabiduría emocional que provocan imágenes que vibran al pulso de las palabras precisas.

Siento que a veces puede dar una falsa impresión de ligereza, como cuando escribe sobre la «Épica de la conferencia», pero si no nos dejamos engatusar, podremos disfrutar con esa parte de la inteligencia que nos permite deleitarnos con el arte, la lectura de las tercetas libres, a través de un delicioso sentido del humor, con el que el poeta va describiendo eso que suele experimentar cualquiera que haya dado una conferencia, y, por supuesto, también Arjuna, Bonaparte, Alejandro o Kutuzov, «antes de entrar en acción».

Pero insisto, muchos académicos pueden hablar de la poesía de David desde sus alturas críticas, yo prefiero escribir de él como profesor, amigo, compañero y cómplice solidario, aunque de vez en cuando también hablemos de poesía.

La primera vez que me acerqué a David Huerta fue en un curso que ofreció en la extinta Fundación Octavio Paz. Se trataba de analizar el poema «Piedra de sol» bajo su tutela. Recuerdo haberme sorprendido por la lectura casi monocorde de varios de los asistentes frente a ese poema que es una yesca ardiente, y frente a esto los esfuerzos de David por hacer comprender a ese grupo tan heterogéneo que el verdadero valor de los candentes versos que ocupan el centro del poema estaba en las

imágenes, las figuras retóricas, la métrica impecable, el trasfondo filosófico, y no en la tormentosa historia entre Paz y Garro con la que varios solazábamos nuestro morbo. Parece que finalmente logró que medio comprendiéramos que la esencia del poeta está en sus palabras. Y cómo no, si para David «El Sí Mismo hurga en la escritura, en la escena, el texto de sus errancias»...

Algunos años después, en 2005, en la UACM, llegó a hacerse cargo de estructurar un seminario sobre *El Quijote* y como en aquella época la universidad todavía estaba armándose, invitaron a la academia de Creación Literaria en pleno para que asistiera; como siempre, algunos nos integramos con la asiduidad que las clases lo permitían y para otros fue imposible. Esa fue una excelente oportunidad para releer y platicar sobre el tema; además estaban por celebrarse los 400 años de la publicación de la primera parte de la obra de Cervantes. Sobra decir que tras romper el hielo y que David comenzara a sentirse en casa, ese seminario fue un verdadero deleite: leíamos, David nos explicaba las referencias, nos hablaba de *Las soledades* de Góngora y los sonetos de Garcilaso así como de otros autores de los Siglos de Oro; nos explicaba detalles de los epílogos de la edición conmemorativa de la RAE, e incluso escuchamos los «Epitafios» de Rodolfo Halffter, con fragmentos del texto cervantino sobre *El Quijote*, Sancho y Dulcinea, en una vieja grabación de un grupo del maestro Francisco Grijalva. No obstante, una de las partes más sabrosas eran las pausas para fumar y comentar en corto; en aquel tiempo teníamos menos años, tomábamos café como si fuera agua y todos fumábamos con hartazgo.

Allí, poco a poco fue gestándose una amistad de esas que no necesitan presencias constantes, de esas en las que se sellan las coincidencias. Durante años, jueves a jueves nos hemos encontrado en el plantel Del Valle, al menos para saludarnos y para intercambiar impresiones, a veces a vuelo de pájaro, otras con más calma. Hemos compartido descubrimientos gozosos, como esos primeros versos de los cuentos de *Canterbury* en *Middle English* o que Shakespeare sabía llamar a México por su nombre, allá en el año 1603, cuando todavía era la Nueva España. O cuando nos contaba las incursiones de Vero, su compañera, en las librerías españolas y cómo ella se topó con una edición del *Quijote* de Avellaneda. Y es gracias a David que redescubrí a invaluable compañeras de trabajo y de locuras, como Maya López, Mayela Parra y Alicia Pastrana, quienes no escatiman en dar su trabajo y su tiempo para demostrarme su aprecio y admiración.

David es un compañero generoso, comparte sus conocimientos sin la menor afectación, recuerdo aquella vez en la que me hizo el honor de acompañarme a explicar los sonetos de Shakespeare y allí comparamos la estructura del soneto clásico con la del isabelino. Reímos y nos divertimos tanto que la clase duró una hora más y ninguno de los estudiantes se movió. Tenían la sensación de que ése era un regalo excepcional, un regalo de tiempo y de sabiduría, porque el poeta nos estaba mostrando ese «lugar extraño, húmedo, una / galería sigilosa,

un hospital, dormido, / Cardumen candoroso, con su latinidad a cuestras»... , nos compartía su almacén de palabras.

Huerta sabe que vivimos en un país donde ser joven y no tener recursos es casi un delito, sabe que la cultura y el arte son indispensables para crear espacios de belleza y de pensamiento. Fue por eso que aceptó apadrinar el nacimiento de la primera orquesta de la universidad, la OFUACM, acompañándola en más de un concierto, regalando intermedios de poesía y sabiduría. David les entregó algunos momentos perfectos, de esos que quisiera uno atesorar, como ese del que habla en su Plegaria: «Señor, salva este momento. / Nada tiene de prodigio o milagro / como no sea una sospecha / de inmortalidad, un aliento / de salvación. Se parece / a tantos otros momentos... / Pero está aquí entre nosotros»...

Tiempo atrás habíamos compartido las marchas durante el movimiento de la UACM y en la exigencia por la vida de los 43. Me resulta inevitable hablar del asombro de David cuando su poema sobre Ayotzinapa fue traducido a una multitud de lenguas y expuesto en el Cubo abierto del Museo de Arte Contemporáneo de Oaxaca para el día de muertos. El poema escrito en letras blancas sobre un muro negro hería la conciencia y una grabación repetía el poema cada hora. Quizá sea éste su poema más famoso a nivel mundial, esa dolorosa panorámica del enorme fracaso en que se ha convertido nuestro México: «Esto es el país de las fosas / Señoras y señores / Este es el país de los aullidos / Este es el país de los niños en llamas / Este es el país de las mujeres martirizadas / Este es el país que ayer apenas existía / Y ahora no se sabe dónde quedó...»

La instalación duró por lo menos tres meses. Recuerdo haber entrado al museo porque es un sitio que debe visitarse cuando se va a la ciudad de Oaxaca, pero al traspasar la primera sala, escuché una voz que parecía decir un poema que me resultaba familiar, así que seguí el sonido que me fue guiando. Allí seguía en toda la pared el poema de mi amigo David, y la mordedura de nuestra sombra y esos jóvenes que no se han ido, que habitan, como él dice, en nuestra memoria quebrantada. Fue tal mi emoción que por momentos no supe qué hacer, si llamarlo por teléfono y pedirle que escuchara su propio poema o grabar la experiencia y cuando llegara a la ciudad compartírsela; pero preferí quedarme en silencio conmigo, sin contener ya las lágrimas, sola allí, con las palabras, con la esencia del poeta que me hablaba y me pedía callar y abrir las manos y la mente... Y entonces fue que comprendí lo que tantos años atrás el mismo David quiso explicarme con «Piedra de sol». Frente al poema, no importa la biografía de quien lo escribió, sino sus imágenes, sus recursos poéticos; y allí en segundos, en el MACO, a través de las palabras, me trasladé a un espacio donde la historia y el pensamiento de mi país desgajado me abrían el pecho a filo de obsidiana y me comunicaban a cabalidad la terrible magia de la poesía de David Huerta.

---

**Tere**, gárgola irredenta, fanática de las series policíacas de mujeres. Humana de Bessie. Actualmente vive un romance tempestuoso con su sabático.

# DAVID HUERTA DIALOGA CON LÓPEZ VELARDE

Fernando Fernández

Presentamos estas líneas donde el poeta e investigador de la obra velardiana hace un comentario al Cuaderno de Jerez de David Huerta.

En el número de junio de la *Revista de la Universidad* pudo leerse el bello y generoso texto que el poeta **David Huerta** leyó en la presentación de mi libro *Ni sombra de disturbio* el pasado 29 de abril en el Museo Tamayo (*link* que lleva a ese trabajo: <http://bit.ly/1BPqdYn>).

Lo que no apareció en las páginas de la publicación universitaria es algo que David leyó también aquella noche: un par de poemas escritos en homenaje a López Velarde que ha tenido la enorme gentileza de dedicarme. En ellos, mi amigo poeta se adentra en las atmósferas y el glosario de López Velarde, y echando mano de algunos de sus procedimientos, digamos que en sus terrenos mismos, dialoga con el fundador de la poesía moderna de México.

Al responder a un correo en el que le pregunto si interpreto bien cierto verso, responde: «Los poemitas no tienen más pretensión que mostrar un fervor por López Velarde; como somos gente de versos, pues así nos sale el testimonio de admiración. No hay mucho que entender en los poemas; quiero decir, más allá de que recrean, con todas las limitaciones que puede imaginarse, el lenguaje, el vocabulario, los estilemas y hasta un poquitín de la versificación velardiana». De acuerdo con ese espíritu, los comento brevemente, de manera libre e intuitiva.

## Cuaderno de Jerez

Por David Huerta

Para Fernando Fernández

1

Mañana en que tu espíritu lustral  
perfumaba mi ardiente cabezal.

Yo me desperezaba con la unánime  
certeza de un vivir impuro, exánime.

De la noche y sus ásperos polígonos  
eran mis vicios ávidos epígonos.

De tus pupilas diurnas recibí  
una liturgia: mirra y benjuí.

Y en tu manto benigno e inconsútil  
reconciliéme con mi vida inútil.

2

Una vez más he visto  
—cual un infante pródigo y bienquisto—,  
colgando de las cúpulas insomnes,  
el candil en que antaño conocía  
mi talante, mi ardor, mi sacrificio.  
Preso de un voluptuoso maleficio  
quise acercarme a la constante vía  
en que mi pecadora fantasía  
se aclara con el tósigo del mundo:  
descubrí en el candil, en sus cristales  
y en su luminiscente pedrería,  
el signo de Sión  
y desde ese radioso y erizado  
artificio rotundo,  
recibí en medio del pensar consciente  
y en la bárbara frente  
el ungido misterio del perdón.  
¡Oh, candil: nada sé!  
¡Oh, candil: he olvidado el cómo, el qué!  
Pero escucho en tu aria,  
silenciosa y feraz, la hospitalaria  
música del desierto. Nada pido,  
sino en gotas simétricas de luz,  
candil, sobre mi pecho y mi testuz,  
la redención, el viático, el olvido.

3

...

## Comentarios

1

El primer poema imita una de esas enunciaciones estáticas, si puedo llamarlas así, propias del estilo velardiano. Uno tras otro, los cinco dísticos que lo componen caen de manera exacta para dar cuenta de un género de pasión amorosa típico del poeta jerezano.

Ese estatismo está encuadrado e incluso subrayado por la forma que le ha dado su autor: cada uno de los pares de versos está compuesto por dos endecasílabos que riman de manera consonante (esto es, son versos pareados), lo que ayuda a crear esa sensación que no es tanto de rigidez como de rotundidad. Es la misma solución que López Velarde dio al poema «Fábula dística» (del libro *Zozobra*), que dedicó a la bailarina Tórtola Valencia, en donde se leen versos como éste: «Acreeedora de prosas cual doblones / y del verso patricio de Lugones».

Aquí una manera posible de leerlo: por la «mañana», quizás metido en la cama, el poeta reflexiona sobre sus aventuras nocturnas a la luz de la pasión que una mujer le inspira. Él evoca el «espíritu» de ella, que es «lustral» —es decir «purificado» como define el diccionario, de acuerdo con la visión de López Velarde, quien gusta de entremezclar elementos cristianos y paganos—. Ella «perfuma» con su poderoso recuerdo el «cabezal» de él, es decir su «almohada» —o la cabecera de su cama, como acaso con excesiva libertad, por extensión, leo yo—. ¿Qué decir de los aromas velardianos? En la presentación de mi libro, Juan Villoro recordó el precioso verso de Ramón: «en la aromática vecindad de tus hombros»...

En el segundo pareado, el poeta se «despereza», lo que confirma que está en la cama o que por lo menos acaba de despertarse, con el sabor todavía en la boca de lo que hizo anoche: «con la unánime / certeza de un vivir impuro», por lo que está rendido: «exánime». ¿De qué está cansado? «De la noche y sus ásperos polígonos». ¡Rara y bella imagen!: «los polígonos de la noche». Debo preguntar a David si la saca de alguna cosa en concreto de López Velarde o si es suya, como creo. Sus «vicios», dice el poeta, eran los «ávidos epígonos» de los polígonos de la noche... (No me resisto a añadir algo que sé gracias al tiempo que viví en España, que pone un acento a mi personalísima lectura. Conste que digo «mi» lectura y que lo hago entre paréntesis. «Polígonos» es como se llama comúnmente a esos espacios industriales, cuyo nombre completo es «polígonos industriales», ubicados con frecuencia a las afueras de las ciudades o de los pueblos, en donde suelen estar los burdeles.)

El siguiente par de versos reafirma la oposición día-noche que sostiene al poema. Y es que David-Ramón recibió la «liturgia» de la «mirra» y «benjuí» de las «pupilas diurnas» de ella; se antoja decir que él se ha aventurado por los espacios —¿pecaminosos?, ¿sacrílegos?— de la noche, protegido por el benjuí y la mirra rituales que ella le proporcionó con su luz —específicamente la luz de sus pupilas de día—. La última imagen del poema nos muestra al poeta arrojado en un «manto», como



Fotografía: Coral Bracho

solemos cubrirnos cuando estamos en cama o buscamos la protección o el descanso, si bien se trata de uno «benigno e inconsútil», que lo «reconcilia» con su «vida inútil».

## 2

En la segunda de las dos imitaciones podemos sentir con mayor nitidez el diálogo que sostiene David Huerta con nuestro joven y centenario maestro común, acaso porque aparecen en el poema algunos aspectos velardianos en convivencia con otros que son ya propiamente suyos. Es una de esas silvas que tanto practicó Ramón, hechas de versos de siete y once sílabas acomodados con la misma libertad con que están distribuidas las rimas.

Todo proviene de la magnífica visión del candil que pende del crucero de la iglesia de San Francisco de la ciudad de San Luis Potosí, al que López Velarde dedicó un poema (*Obras*, edición de José Luis Martínez, segunda reimpresión de 2004 de la segunda edición de 1990, FCE, México, pp. 221-222).

David regresa, como si fuera un niño «pródigo y bienquisito», a contemplar el famoso objeto y cuenta que antes tenía, gracias al candil, algunas noticias de su propio temperamento, de sus pasiones y hasta de su religión. Por cierto la bella lámpara cuelga de unas cúpulas que no son «criollas», como en Ramón, sino «insomnes».

Quien habla en el poema no solamente está bajo el efecto de un maleficio voluptuoso, también *quiere estarlo*, lo está con todo propósito. Si su visión de la realidad se aclara con la confusión de su «pecadora fantasía», su salud toda se gana con el veneno («tósigo») del mundo. De pronto, descubre en el candil la estrella de David, que le acabará concediendo el perdón.

En los adjetivos de que echa mano Huerta, que bien podemos calificar de velardianos, es donde más se nota el fructífero intercambio entre los dos poetas: aquí algunos que podrían ser de Ramón (y aun lo son, como el primero de ellos): «*bárbara frente*», «*el ungido misterio del perdón*», «*hospitalaria / música del desierto*»... Otros, aunque conservan la intención imitativa, me parece que son ya del poeta de *Incurable*, una vez que ha recibido el influjo de López Velarde: «*luminiscente pedrería*», «*radioso y erizado / artificio*»...

Entonces llegamos a uno de los momentos más hermosos del poema. En él resuena a mis oídos una extraña *aleación* afortunada: «¡Oh, candil: nada sé! / ¡Oh, candil: he olvidado el cómo, el qué!». Dije *aleación*: y es que me gusta pensar que en esos versos, en los que percibo un eco de Alfonso Reyes, David hace que éste hable en un poema de Ramón.

Es bien sabido que esos dos poetas que tenemos en tanto aprecio, ni se entendieron ni se quisieron; si mi lectura, que no es más que intuitiva, tiene algún valor, en esos dos versos de David Huerta se tocan López Velarde y don Alfonso, como en un principio de reconciliación.

El final se me antoja plenamente huertiano. Es importante decirlo porque lo que sigue confirma que el poema no se queda en la imitación sino que propone un diálogo. El poeta nos dice que, igual que el candil, *nada sabe*: no obstante, escucha el soliloquio silencioso de la lámpara, lo comedido de la música de las arenas. Y entonces, añade bellamente Huerta, nada pide «sino en gotas simétricas de luz / la redención, el viático, el olvido». Me parece muy afortunada la frase “gotas simétricas de luz” para referirse al candil, que está hecho de cristales. Pero la idea general que está en

... Nada pido,  
sino en gotas simétricas de luz,  
candil, sobre mi pecho y mi testuz,  
la redención, el viático, el olvido.

y la manera en la que está engastada en los versos métricos, me parece que suena ya *fuera* de López Velarde –y eso aunque todavía aparezca ese «viático» tan suyo–. Acaso ayude a ello el que la rima final no sea *cerrada* sino *abierta*; me explico: el que el poema concluya con una rima que enlaza no con el verso inmediatamente anterior sino con el que está colocado tres líneas más arriba, como ocurre digamos en la redondilla, lo que comunica cierta sensación de apertura... O quizás mejor dicho: lo que despeja la sensación de cierre brusco que no disgustaba a López Velarde, quien de cuando en cuando acababa sus poemas con una rima inmediata.

Entre los dedos tenemos la punta de la madeja que conduce al mundo, sólo suyo, de David Huerta. Los puntos suspensivos reproducidos debajo del título de un posible tercer poema de la serie anuncian su intención de seguir trabajando en su cuaderno jerezano. No me queda más que pedir encarecidamente que sea verdad.

**Nota:** este texto fue publicado originalmente en julio de 2015 en el blog *Siglo en la brisa* (link: <http://bit.ly/1UHngzi>). Lo reproducimos en *Palabrijes* con permiso del autor.

Agradecemos a Coral Bracho la amabilidad de compartirnos el negativo digitalizado de esta fotografía que apareció en la contraportada de *Incurable* (ERA, 1987).

Igual que López Velarde, a quien lleva leyendo treinta y cinco años, **Fernando Fernández** es un geminis clásico, aprendiz del mercurio y el berilo. Da clases de poesía en la Escuela Mexicana de Escritores.

# LAS LEYES DE LA OFERTA Y LA DEMANDA

**David Huerta**

«Dame la espalda», rogaba ella, «dame la espalda y dame los hígados de tu sueño y entrégame en un plato de llamas el perfil de tus abuelos y regálame una cucharada de tus hermanos y herédame, prodígame, derrámame sobre mí como un chorro de miel cortante o como un chorro de vidrio o como un chorro de lentas vísceras o como un chorro de sinuosos cortocircuitos».

«Si yo te diera todo eso», respondía él con un quejido de mansedumbre, como si lo estuvieran quemando con lentos tenedores rojos, «si yo te diera todo eso y así me derramara, entre cien gritos, entre apagones y vanilocuencia, tendrías que poner tus labios en la noche de mi animación suspendida; deberías beber sin pausa, durante cuatro minutos, el formol amarillo, incesante, de mis descomposiciones. Yo no estaría muerto aún, sino atravesado de costado a costado por una experiencia milimétrica de éxtasis. Tu pago sería la moneda de tantos rostros de agonía como deberás recoger en el tiradero de los laboratorios forenses, una aventura insípida pero necesaria para tus obligaciones conmigo».

«Dime lo que quieras. Gasta saliva y gritos».

«Tienes que pagar».

«Te voy a pagar...»

«Tienes que pagarme, ya».



# EL AGUA ENFERMA

David Huerta

El agua enferma rodeó los torsos, los órganos, los miembros y las deyecciones. El agua enferma se concentró al principio en la sobrenaturaleza de la vida interior: mecates, cubetas, macetas desportilladas, piedras quebradas, papeles arrugados, pelo maltratado. El agua enferma abrazó la piedra bezoar de los bollos alimenticios y la esfera del modo participial en el momento preciso, micrométrico, de solidificarse y brillar desde todos los ángulos.

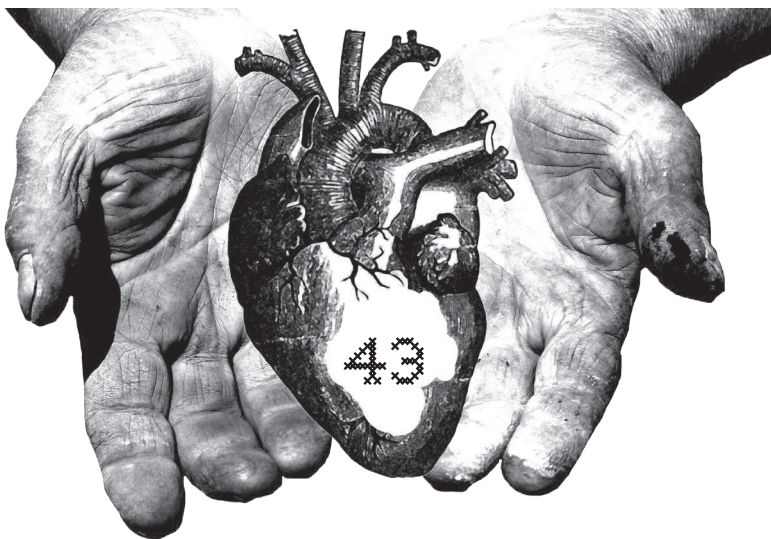
El agua enferma —opaca, impenetrable, fluyente y mustia, a la vez— se difundió por los arrabales de la exterioridad, también: los mercados, las plazas, la bolsa de valores y los palacios del malgobierno. El agua enferma entró destellando en las oficinas, pero nadie la vio ni la olió.

Pero olía y tenía una catadura de cosa surgida de la noche; tenía un mohín de charco y de objeto decadente; poseía una personalidad infame, gotas innumerables y un estilo de derramarse digno de un conde o de un viceministro o de un mer-

cader de sustancias prohibidas que posara ante el destello del magnesio con una granada unipersonal en cada mano, como los pequeños orbes sobredorados de los papas renacentistas.

Pero el agua enferma era visible como una montaña en estado constante de vibración y desmayo, de languidez autodestructiva —de ahí su propensión a la pose decadente y al suicidio ornamental—, de patología robusta y grumosa. Era un amontonamiento y una espesura, una selva azul y un bosque pardusco. Era una imagen sinóptica de la vida: cifra de batracios, proliferación devorante de lirios, apogeo de la lama y el moho, humedad fantasmal y omnipresente.

El agua enferma entró relampagueando en las ciudades y los pueblos. Nunca los ha abandonado. Sucedió hace siglos, milenios, evos: mecanismos mensurables del tiempo acuñados a semejanza del agua enferma. Enfermedad del tiempo: enfermedad del agua, el agua fugitiva que permanece y se va con un *siempre* en los ojos, con una eternidad en cada gesto.



David gusta de leer artículos de crítica literaria como si se tratase de literatura. La mejor página le parece la bibliografía. Está rastreando un libro donde se habla del color vocálico y el hipograma en la reescritura de los poemas de Luis de Góngora.

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Rector: Hugo Aboites Coordinación Académica: Fabiana Medina Coordinación de Difusión Cultural y Extensión Universitaria: Koulsy Lamko Jefe de publicaciones: Andrea Gálvez

Palabrijes. El placer de la lengua. Dirección: Maya López Coordinación Editorial: Jezreel Salazar Editor del número: Lázaro Tello Consejo Editorial (profesores y estudiantes): Brenda Castillo, Gonzalo Chávez, Pablo Gaete, Beleguí Gómez, Lucía Labra, Bily López, Maya López, Pilar Morales, Susy Rodríguez, Jezreel Salazar, Elia Sánchez y Lázaro Tello Corrección de originales: Susy Rodríguez, Samantha Espitia y Elia Sánchez Servicio social: Paulina Calderas y Daniel García Producción gráfica: Benito López, Revistas Universitarias de Divulgación (RUOD) Diseño de Lengüetrazos: Blanca Medel Difusión y distribución: RUOD.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura editorial de la revista. El contenido de esta publicación puede ser reproducido siempre y cuando se citen la fuente y el autor.

**UACM**  
Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México  
Nada humano me es ajeno